

de él; claro está que mientras más á menudo se recibiere más se deseará; y así más dignamente se recibirá. De lo cual se infiere claramente que tanto más dignamente comulgará el hombre, cuanto más á menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen de este socorro, y por otra cargan de pecados por falta de él; de aquí nace que mientras más tardan en recibirlo, menos dignamente le reciben.

Y si alegas que eres pecador y flaco, y por eso indigno de esta comida; á esto digo que no estando en pecado mortal, por esa misma razón te debieras llegar por la cual te desvías. Porque este Sacramento es perdón de pecados, y mantenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio común de todos los necesitados. Y así fué instituído por Cristo, no sólo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino también para que fuese medicina de enfermos, y resurrección de muertos. Por lo que dicen los Santos que muchas veces por virtud de él se hace el que lo recibe de atrito contrito: que es como si dijésemos, de muerto vivo.

Acuérdate también que comía Cristo con publicanos y pecadores; y que á los que de este convite murmuraban, respondió diciendo: No tienen necesidad los sanos de médico; sino los enfermos (1): y no vine yo á llamar los justos; sino á los pecadores.

Bueno es retraerse de este Sacramento por temor; y bueno es llegarse por amor: porque lo uno y lo otro es honrar á Dios. Mas (como Santo Tomas determina) mejor es llegarse por amor, que retirarse por temor (2): porque (absolutamente hablando) mejores son las obras del amor que las del temor. Conforme á lo cual leemos que David como vió muerto á Oza por la irreverencia que cometió contra el arca del testamento, no osó hospedarla en su casa; sino mandóla depositar en casa de Obededom. Mas después que supo cómo el Señor había prosperado la casa

(1) Matth. 9.—(2) 3. p. q. 86. art. 10. ad. 3.

de su huésped con abundancia de bienes, esforzado más con este buen suceso, que atemorizado por aquel castigo, determinó de llevarla á su casa; y no le engañó su esperanza.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO PARA DESPUÉS  
DE LA COMUNIÓN

Gracias os doy, Señor Dios Padre Todopoderoso, por todos vuestros beneficios, y señaladamente porque quisistes admitirme á la participación del sacratísimo Cuerpo de vuestro unigénito Hijo. Suplicoos, Padre clementísimo, que esta sagrada Comunión no me sea obligación ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, de paciencia, de verdadera humildad y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensa de todos mis enemigos visibles é invisibles, y perpetua unión con Vos sólo mi verdadero Dios y Señor. Y tened por bien llevarme á aquel convite inefable donde Vos sois luz verdadera, hartura cumplida, y gozo perdurable en los siglos de los siglos. Amén

ARTÍCULO VII

SI ES BUENO COMULGAR MUY Á MENUDO

Preguntará por ventura alguno ¿cuán á menudo se deba este Sacramento recibir? La respuesta de esta pregunta por una parte es muy fácil, y por otra muy dificultosa. Porque si solamente miramos á la virtud y eficacia del Sacramento, como en él está Cristo, que es fuente de todas las gracias, y por él se nos aplique la virtud de su pasión, que es de infinito valor, claro está que si pudiésemos

mos recibirlo infinitas veces, tantas lo deberíamos recibir: pues tanto mayor gracia, y mayores mercedes recibiríamos por él. Mas por otra parte, considerando la disposición y aparejo que pide este Sacramento, según la cual comunica su virtud, como arriba se declaró; mayormente que no es este Sacramento de muertos, sino de vivos, pues el comer presupone vivir: según esta consideración, no es bien comulgar muy á menudo sino según el aparejo que cada uno tuviere, para el cual conviene mirar muchas cosas.

Porque primeramente para esto se debe tener respeto al estado de cada uno. Porque las personas que están dedicadas á Dios (como son los Sacerdotes y Religiosos y Religiosas) más aparejo tienen (cuanto es de parte del estado) para llegarse á este Sacramento, como personas más desembarazadas de los tratos y negocios del mundo. Esto digo cuanto es de parte del estado, sin embargo de que muchas veces suple Nuestro Señor la falta del estado con abundancia de gracia, la cual, da él á quien quiere y como quiere, en cualquier estado que esté, como lo vemos por David, Abraham, Job y otros santos Reyes y Patriarcas, que fueron de grande perfección, aunque el estado no les ayudaba tanto á eso; pero ayudábalos la divina gracia, que puede ser más que todas las ayudas de los estados, por muy perfectos que sean.

También se debe tener respecto á que primero cumpla cada uno con las ocupaciones y cargas del estado que tiene; para que de tal manera se dé á los ejercicios espirituales, que no deje de cumplir con estas obligaciones. Porque la mujer que tiene marido é hijos á quien servir, é hijas que guardar, y casa que mantener, de tal manera se ha de dar á las cosas de devoción, que no deje las de obligación; pues las unas son de voluntad, y las otras de necesidad; las unas son de consejo, y las otras de precepto. Y uno de los principales fundamentos de la buena vida ha de ser, nunca dejar las obras de justicia por las de gracia; pues (como dijo aquel santo Profeta) más vale la obe-

diencia que el sacrificio (1); y obediencia llama todo lo que era de obligación, y sacrificio lo que de voluntad y devoción. Contra lo cual ordinariamente están inclinados los hombres, porque comunmente más gusto tienen en las cosas que hacen por su voluntad propia, que en las que hacen por la ajena. Y lo que digo de la obligación de las mujeres para con sus hijos y maridos, eso mismo digo de la de los hijos é hijas para con sus padres, mayormente cuando son pobres, viejos ó enfermos; porque servir á éstos en sus trabajos pertenece al primer mandamiento de la segunda tabla, que es la primera obligación que tenemos á los hombres después de Dios. La cual nos es aún encomendada con el ejemplo tan antiguo y tan celebrado de los hijos de las cigüeñas que con grande piedad y cuidado sirven á los padres que los criaron, en la postrera edad. Mire pues el hombre que de tal manera se dé al uso de los Sacramentos, que no deje de cumplir con estas tan importantes obligaciones, porque de otra manera no aceptará Dios su devoción.

Lo tercero debe el hombre también mirar la costumbre en que se pone acerca del comulgar á menudo; la cual debe ser tal, que pueda en ella perseverar, y tenga aparejo para eso. Porque así como los árboles de regadío, cuando les falta el riego acostumbrado, padecen notable daño, por faltarles este tan grande y tan usado beneficio (y aun á veces vienen por esto á secarse), así las ánimas acostumbradas á este pasto celestial, suelen padecer notable detrimento cuando les falta este beneficio, por ser tan grande el beneficio: tanto, que algunos vienen por esto á aflojar en la vida espiritual, y aun á veces á desistir del propósito comenzado. Porque general cosa es, en los cuerpos flacos, acostumbrados á una provechosa medicina, hallarse muy mal cuando la dejan; y lo mismo acaece á las ánimas flacas cuando dejan de continuar esta tan saludable medicina por culpa suya. Por lo cual debe la persona en

este caso tener también respecto á la comodidad y aparejo que tiene para la frecuencia de este Sacramento; para que se ponga en estilo, que pueda siempre continuar: porque no venga á faltar en todo cuando le faltare este beneficio.

También es razón mirar que con más libertad y menos nota pueden salir los hombres de casa que las mujeres, y correr por do quisieren á buscar los Sacramentos y los ministros de ellos; y entre las mujeres, las de más edad y más ancianas que las de menos, porque en la edad tierna y sospechosa siempre la clausura y encerramiento fué muy alabado y encomendado por todos los Santos. Por donde aun en la ley vieja mandando Dios (1) que todos los varones se presentasen tres veces en el año en el templo; nunca obligó á esto á las mujeres, ni una vez en la vida; porque sabía él bien el peligro de estas salidas, el cual experimentó Dina, hija de Jacob; pues con una salida que salió, destruyó á sí y á toda la tierra (2). Por lo cual no sin causa alaba S. Ambrosio á la Sacratísima Virgen Nuestra Señora, que (3) estando tan despacio en su casa, caminaba á muy gran prisa fuera de ella, cuando iba á visitar á Santa Isabel su parienta.

No digo esto para poner perpetua clausura á las doncellas, sino para que se habitúen todo lo posible á tratar con Dios de sus puertas adentro, y buscarle dentro de los rincones de su casa, y salir lo menos que les sea posible fuera; sino es los días que manda la Iglesia, ó cuando lo pide el uso de este Sacramento, recibéndolo con esta moderación. Esto digo, generalmente hablando, porque personas hay de poca edad, en quien concurren tales circunstancias, que cesen todos estos inconvenientes; y así salgan de esta regla general.

Consideradas pues todas estas cosas, debe cada uno mirar cómo le va con la frecuencia de este Sacramento. (4) Porque si con esto se halla más devoto, más recogido, más circunspecto en sus palabras, más diligente en las

(1) Exod. 23. et. 34.—(2) Genes. 34.—(3) Luc. 1.—(4) D. Bern. in Coena Dñi.

buenas obras, y más solícito en la guarda de sí mismo, y más señor de la ira y de los otros apetitos y pasiones desordenadas (aunque esto no sea con gran ventaja y eminencia) argumento es que aprovecha con este Sacramento, y así debe frecuentarlo tanto más, cuanto más esto sintiere. De suerte, que si mientras más lo frecuenta, mejor le va, debe en este caso humildemente continuar lo que siente que le hace provecho. Mas si nada de esto reconoce en sí, indicio es del poco fruto que saca del Sacramento, y del flaco aparejo con que se llega á él, así parece que, ó debe acrecentar el aparejo, ó disminuir la frecuencia del Sacramento.

Verdad es que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre barruntar, porque la gracia comunmente obra (como la naturaleza) poco á poco, según parece en una planta, que no viendo cuándo crece, vemos después que ha crecido. Por lo cual no se debe el hombre en este caso fiar de sí, sino poner su causa en manos del prudente y virtuoso confesor para que él la determine.

Mas aquí es mucho de notar que no solamente se cuenta por aprovechamiento el pasar adelante, si no también el no volver atrás; puesto caso que (como dice S. Bernardo) en el camino de Dios el no ir adelante (1) es volver atrás. Pero con todo esto más claro ve el hombre cuándo vuelve atrás, que cuándo pasa adelante; así como más claro se vería una piedra que viene rodando con ímpetu por una cuesta abajo, que la que sube hacia arriba; porque (comunmente hablando) el crecer es difícil, y el decrecer fácil; así como se suele decir que es más fácil derribar que edificar; y así es más claro de ver. Por lo cual digo que aunque le parezca al hombre que no pasa adelante con la frecuencia de este Sacramento; mas si por otra parte ve que dejándolo de continuar vuelve atrás, cayendo en muchos defectos, y hallándose más flaco para resistir á la

(1) Serm. 2. de Puris. et. epist. 341.

tentación, más tibio para la oración, más tardío para la obediencia, más perezoso para las obras de misericordia, más fácil para las risas y palabras ociosas, más pronto para la ira, más impaciente en los trabajos, y finalmente más descuidado en la guarda de sí mismo; cuando en todas estas cosas ó en alguna de ellas se halla más falto apartándose del Sacramento, y no tanto cuando lo frecuenta, argumento es que todavía aprovecha con el uso de él; porque parte es de provecho incurrir en menos daño, y no es menos necesaria la medicina que nos preserva de enfermedades, que la que los acrecienta la salud. Lo cual es cosa de grande consolación para todas aquellas personas que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento.

Y dado caso que se vea muchas veces desvariar en algunos pecados veniales, no por eso se debe apartar de este Sacramento, precediendo el arrepentimiento de ellos; porque (como dice S. Hilario) si los pecados no son mortales, no se debe el hombre apartar de la medicina del Cuerpo del Señor. Mas antes, esta razón nos obliga más á llegar á él; pues uno de los efectos y virtudes de este Sacramento es el remedio de este género de pecados, sin los cuales no se pasa esta vida.

Pues conforme á estos presupuestos fácilmente podrá cada uno determinar las veces que debe llegarse á este convite celestial. Porque á unos bastará llegarse por las fiestas principales del año; á otros cada mes; á otros cada quince días, y á otros también cada semana, como San Agustín aconseja (1): con lo cual se deberían contentar todas las personas, por virtuosas que fuesen, si no hubiese algunas particulares causas ó circunstancias por donde esto se debiese hacer más veces; porque así como no hay regla sin excepción, así no puede establecerse cosa perpetua que no tenga su limitación. Y de este parecer es San

(1) Lib. de Eccl. dogm. cap. 53. sub initium, etc. S. Th. 3. p. q. 80. art. 10. ad. 2.

Buenaventura en un tratado que escribió de la perfección á una hermana suya, en el cual dice en substancia casi todo lo que aquí habemos dicho por estas palabras.

Y por tanto, cosa es muy saludable que el hombre se apareje muchas veces para recibir la medicina de este Sacramento con la mayor devoción que pudiere; y después de haberlo recibido, mire por sí con todo cuidado. Lo cual señaladamente pertenece á los religiosos, que están dedicados á Dios: porque así alcancen la inocencia y pureza que por este Sacramento se alcanza.

Y aunque algunas veces no se halle el hombre tan devoto; todavía (confiando en la misericordia de Dios) se debe llegar humildemente á este Pan de vida. Y si le pareciere que no es merecedor de esto, debe pensar que cuanto más flaco y enfermo se hallare, tanto más le conviene buscar el medio de salud: pues (como Él mismo dijo) (1): «No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos.» Ni debes pensar que te llegas tu á Cristo para santificar á Él con tu santidad, sino para que Él te santifique á tí con la suya.

Ni tampoco se debe el hombre acobardar cuando no siente en sí aquella especial gracia de devoción que querría (cuando él hace lo que es de su parte) ó cuando en la misma comunión ó después de ella no se halla tan devoto: porque muchas veces suele esto acaecer por especial dispensación de Dios, por las causas que Él suele á tiempos privar á los suyos de ésta consolación.

Todo lo susodicho es de San Buenaventura: cuyo testimonio debe ser de mucha autoridad para con todos; por ser este glorioso Doctor tan señalado, así en letras como en santidad y espíritu (que lo tuvo muy alto) y así escribió y supo mucho en esta materia.

Pues así por esto como por todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, se entenderá la poca razón que tienen los que con demasiado celo, so color de reverencia, conde-

(1) Matth. 9

nan y aún predicán muchas veces contra las personas que frecuentan los Sacramentos: porque ya que en esto hubiese alguna demasía, hay tantos otros males en el mundo mayores que reprender, que no deberían gastar tanto almacén en sólo éste. Mayormente que mirado muy bien el negocio, mucho mayor mal es el que padece el mundo por andar tan alejado del uso de los Sacramentos, que por llegarse demasiadamente á ellos. Para cuyo entendimiento es mucho de notar que (según dice Santo Tomás) todas las virtudes morales (como consisten en el medio) necesariamente han de tener dos vicios contrarios, uno por exceso y otro por defecto (aunque no todas las veces tienen nombres conocidos.) Pues así también decimos que en el uso de los Sacramentos, y generalmente en todos los ejercicios espirituales, puede haber demasía, y puede haber falta. Pues siendo esto así, si ponemos los ojos en el mayor de los extremos, hallaremos que mucho mayor mal padece el mundo por apartarse tanto de los Sacramentos, que por llegarse demasiadamente á ellos. Porque el yerro en esta parte aunque sea yerro, ¿quién no ve cuánto mayor es andar los hombres arredrados de los Sacramentos; en los cuales puso Dios la medicina de nuestras llagas, y el remedio de nuestras ánimas? ¿Qué es lo que hace á los hombres andar tan perdidos y tan rotos en la conciencia, sino andar tan apartados de este pan de vida? Si no, mira la diferencia que hay de este siglo en que ahora vivimos donde los hombres cumulgan de año en año, á los primeros siglos de la Iglesia. Pues el que tiene celo de Dios y de su Iglesia, esto clame, y esto llore: ver andar á los hombres tan arredrados de Dios y de todos los espirituales ejercicios: pues esta es la principal causa y fuente de todos nuestros males.

Pues por esta causa así como los que tienen cargo de la República, dado caso que entiendan muy bien que así la demasía como la falta de vituallas y cosas temporales puede ser dañosa á la República; pero todo su estudio em-

plean en que no haya falta, y nunca les pesa con la abundancia porque de aquella parte se puede seguir mucho mayor daño que de esta; así los que tienen cargo de la Iglesia, mucho más deben acudir á remediar la falta de estas espirituales vituallas y medicinas, que la demasía. Mayormente que de ésta nadie puede ser buen juez por lo que ve por de fuera, sino ve lo de dentro: y muy temerario es el hombre que sin haber visto el proceso, da sentencia sobre la causa.

Esto basta al presente para esta materia.